**SABADO DE ORACIÓN – 31 de julio 2021 – San Ignacio de Loyola**

*P. Sergio García, msps*

Recuerdo, mi Jesús, que el gran Concilio Ecuménico Vaticano II, nos dejó de manifiesto lo que siempre debería haber sido una realidad en tu amada Iglesia. Este es, en síntesis, el mensaje: Todos santos, todos hermanos, todos apóstoles.

La vocación universal a la santidad es recordada, realizada por hombres y mujeres, que a lo largo del año vamos celebrando, recordando y anhelando ser como ellos. Hoy, Jesús, celebramos uno de ellos: San Ignacio de Loyola. Su historia, su conversión, su compromiso de realizar en la Iglesia una obra grande como son, para mí, las aportaciones que considero importantes en la historia, en el devenir de tu Iglesia sumida a veces en incertidumbre, los ejercicios de mes y la misma Compañía de Jesús.

Papa Francisco vivió estas dos realidades. Nosotros, mi Señor Jesús, por lo menos hemos querido hacer todo para tu mayor gloria que fue como el lema de san Ignacio.

Por otra parte, tu Palabra de hoy no parece ser buena noticia. Nos habla de la muerte absurda de Juan el Bautista ocasionada por el capricho de una familia disfuncional, diríamos hoy, una familia en donde la carne era lo único que los unía. Juan lo denunció y su fidelidad le costó la vida.

Cuánto habrás sufrido mi Jesús su muerte: lo querías y lo admirabas mucho. Pero dejaste que el rio de los acontecimientos siguiera su curso y desembocó en su muerte por mantener la verdad del verdadero amor. Ya antes había dado testimonio de ti, con ocasión de tu bautismo se realizó la presencia del Espíritu Santo que te dio nueva fuerza para iniciar tu ministerio de evangelización.

Mi querido Señor Jesús, tus santos Juan Bautista, Ignacio de Loyola, Santiago Apóstol, Santos Joaquín y Ana en diferentes tiempos y por diferentes caminos asumen hoy la responsabilidad de dar testimonio de santidad. Santidad que no es otra cosa que esa progresiva transformación en ti, como la vivió y expresó admirablemente tu apóstol Pablo: “*Ya no vivo yo, es Cristo el que vive en mí”.*

El Padre Félix Rougier lo expresó en términos místicos, profundamente humanos: “Ver por los ojos de Jesús y que Jesús vea por nuestros ojos; amar con el corazón de Jesús y que Jesús ame con y desde nuestro corazón”. San Juan de la Cruz lo expresó poética y deliciosamente cuando escribió:

Apaga mis enojos,
pues que ninguno basta a deshacellos,
y véante mis ojos,
pues eres lumbre dellos,
y sólo para ti quiero tenellos.

Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor que no se cura
sino con la presencia y la figura.

Por eso mi vocación eres tú mismo, mi Jesús: santo como tú eres santo; misericordioso como tú eres misericordioso, saliendo por los caminos para proclamar que el Reino de Dios ya estaba cerca. En tu santidad, mi Jesús, radica la de toda tu Iglesia, mi santidad personal. Ya uno de los grandes pensadores, Pascal, decía: “la única tristeza consiste en no ser santos”.

Orar con el telón de fondo de la santidad es dar tributo al misterio de tu encarnación que se sigue dando en hombres y mujeres que simplemente vivieron el evangelio. Más que intercesores y mediadores de la gracia son alentadores y hermanos y hermanas nuestros que nos dicen que sí podemos vivir el evangelio. La solidaridad de ellos no los constituye como mediadores sabiendo que sólo Jesús es el único y suficiente, como dicen algunos hermanos nuestros que se han separado por no estar de acuerdo en nuestra manera de relacionarnos con ellos.

Por eso el Concilio no se queda en la exhortación a la santidad sino también la vocación a la fraternidad que van íntimamente relacionados. No puedes ser santo si no eres hermano y al revés. Por eso, mi Jesús, con el misterio de tu Encarnación reestableces la filiación y la fraternidad. Todos somos miembros de tu Cuerpo místico que llamamos como profunda realidad de transformación y plenitud de vida.

Mi Jesús, si ya desde el bautismo se nos llama santos, hermanos y misioneros, ¿qué será cuando la plenitud de vida nos lleve a una particular manera de seguirte, amarte y contemplarte que ese es el carisma de cada uno?

Termino mi Jesús evocando una palabra de san Agustín cuando pensaba en los santos y santas diciendo: “Lo que estos y estas pudieron, ¿por qué yo no? Y se lanzó por los caminos del bien decir y del amor desde el evangelio.

Amén.